

10

Encuentro

Dios tiene algo que decir en un mundo que está cambiando



Hechos de los Apóstoles 1, 3-14



+ Ole Wamef



I. Comenzamos invocando juntos al Espíritu Santo

V. Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles.

R. Y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V. Envía tu Espíritu y serán creados.

R. Y renovarás la faz de la tierra.

V. Oremos: Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo, haznos dóciles a sus inspiraciones para gustar siempre el bien y gozar de su consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor.

R. Amén



II. Leemos la Palabra de Dios que interpela a nuestra comunidad

Hch 1, 3-14

Se les presentó él mismo después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios. Una vez que comían juntos, les ordenó que no se alejaran de Jerusalén, sino «aguardad que se cumpla la promesa del Padre, de la que me habéis oído hablar, porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de no muchos días». Los que se habían reunido, le preguntaron, diciendo: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino a Israel?». Les dijo: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad; en cambio, recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra».

Dicho esto, a la vista de ellos, fue levantado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Cuando miraban fijos al cielo, mientras él se iba marchando, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo».

Entonces se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. Cuando llegaron,



subieron a la sala superior, donde se alojaban: Pedro y Juan y Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.

PALABRA DE DIOS



III. Para la reflexión personal a la luz de la Escritura



- ➔ ¿Qué pruebas has experimentado en tu vida que te muestran que Dios está vivo?
- ➔ ¿De qué manera eres tú testigo de Jesucristo Resucitado?
- ➔ Los discípulos, junto con algunas mujeres (entre ellas la madre de Jesús), perseveraban unánimes en la oración. Todos ellos son mencionados por sus nombres. ¿Qué nombres puedes mencionar tú de personas que caminan junto a ti en tu itinerario cristiano?



IV. Meditamos la Palabra de Dios

1. ¿Qué dice el texto?

San Lucas comienza este segundo volumen de su gran obra – la primera es el evangelio que lleva su nombre – con la narración de la aparición del Resucitado a sus seguidores y las instrucciones que les da. Es su discurso de despedida, antes de ascender al cielo. Estos mandatos forman parte del testamento y de la

última voluntad de Cristo a sus amigos. La herencia divina consiste en: el Reino de Dios; el mandato de no abandonar Jerusalén; la explicación de la promesa del Padre, es decir, el bautismo con Espíritu Santo; y el mandato de ser sus testigos. De este modo, son capacitados por el mismo Jesús para la misión que les tiene reservada en este nuevo tiempo que estaba comenzando, el tiempo de la Iglesia,

una misión que consiste en llevar la buena noticia de Cristo hasta el confín de la tierra, hasta el momento en que vuelva.

Una vez realizado esto, Jesús Resucitado es exaltado y levantado al cielo. Ellos mismos tienen la gracia de ser testigos de este gran acontecimiento. Ante el desconcierto, los dos hombres vestidos de blanco interpretan para ellos el signo: no están llamados a quedarse mirando al cielo, sino a llevar adelante el encargo misionero de Jesús, con la esperanza de que este mismo Jesús que ha sido tomado de entre ellos, volverá.

De este modo, se constituye una primera comunidad cristiana en Jerusalén, de la cual conocemos sus miembros: los Once, algunas mujeres, entre las que está la madre de Jesús, y sus hermanos. Las características de esta vida en común serían la oración y la comunión entre ellos mismos y con Dios. Privados de la presencia de Jesús en el modo por ellos hasta ahora conocido, encuentra unión juntos en su oración común a Dios.

2. ¿Qué dice el texto a nuestra comunidad?

Lector 1:

El texto de la Escritura nos presenta una etapa nueva en la historia de este grupo de seguidores de Jesús: Aquél que estaba a la cabeza del grupo desaparece de su vista y comienzan a caminar sin su presencia física. Pero

lo que puede parecer un impedimento para seguir adelante se convierte en un reto, en un aprender a mantenerse en la presencia de Jesús sin que Él esté allí como hasta ahora. La dificultad se convierte en posibilidad.

También nosotros hoy estamos viviendo un cambio en nuestro mundo, en la comunidad humana, que afecta igualmente a cada una de las comunidades más pequeñas, quizá también a la nuestra: un virus ha puesto todo patas arriba, desde la salud, el bienestar y la tranquilidad, hasta la economía, las relaciones humanas o el modo de ver el mundo. ¿Qué hacer ahora? Nada mejor que tomar como referencia a esta primera comunidad cristiana, contemplar cómo afrontaron ellos las dificultades de su tiempo, y buscar igualmente nosotros caminos que nos permitan vivir en una verdadera estabilidad, aun en medio de la dificultad.

Canto: *Nada nos separará, nada nos separará, nada nos separará del amor de Dios*

Lector 2:

¿Y cómo afrontó la primera comunidad este nuevo modo seguir adelante sin tener junto a ellos a su Maestro? Seguramente tendrían muy presente en todo momento lo vivido con Él, también lo que de Él habían aprendido, lo que habían escuchado. Ciertamente no podrían olvidar las últimas palabras que Jesús les dirigió



antes de marchar al cielo: “aguardad que se cumpla la promesa del Padre”, que no es otra que la continua asistencia divina, en este caso por medio del Espíritu Santo prometido.

Dejemos que resuenen en nosotros la Palabra de Jesús, que es la Palabra de Dios. Esta Palabra es como el manual de instrucciones para que nuestra vida personal y comunitaria funcione adecuadamente, poniendo en marcha todas las potencialidades, también en casos de máxima dificultad, como puede ser este momento de la historia. Pero, especialmente hoy, dejemos que resuenen estas palabras de Jesús: “aguardad que se cumpla la promesa del Padre”. Es la promesa del Espíritu Santo, fuente y motor de la vida de la comunidad, como lo demuestra todo el libro de los Hechos de los Apóstoles. Si nuestra comunidad no vive de las inspiraciones del Espíritu, de los dones y carismas que concede, y de la fuerza y el vigor que derrama, no podremos ser la comunidad que el corazón de Cristo ha pensado y sueña para su Iglesia.

***Canto: Nada nos separará,
nada nos separará, nada nos
separará del amor de Dios***

Lector 3:

Contemplemos otra de las palabras que Jesús Resucitado dirige a su comunidad. Esta vez se trata de un encargo: “seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría

y hasta el confín de la tierra”. La promesa del Padre, el Espíritu Santo, los capacitará para ello, pues el impulso de este Espíritu es eminentemente misionero, ya que la grandeza del Don es tan inmensa que solicita de por sí una expansión a todos los lugares de la tierra.

Lo contrario a la misión es el encerrarse, el quedarnos en nosotros mismos o limitarnos a nuestra pequeña comunidad. La Palabra de Dios que nos está transformando debe llegar a todos sitios, empezando por los espacios que nos rodean: familia, amigos, trabajo... También como comunidad debemos ser misioneros, mostrar la alegría de haber sido mirados y amados por Dios. Porque Dios mira y ama a todos, y muchos no lo saben o no se dan cuenta de la maravilla de esto. ¿Qué vamos a hacer nosotros ante esta situación?

Por otro lado, el peligro de encerrarnos y no mirar más allá nos puede llevar a no caer en la cuenta del sufrimiento y del dolor ajeno. Y en estos momentos hay mucho dolor, muchas personas sufriendo por la situación de crisis que vivimos. Nuestra vida en Cristo y nuestra palabra, que surge de tener a Dios en nuestra vida, puede dar sentido al padecimiento de aquellos que peor lo están pasando. Igual que Dios está siempre ahí para nosotros, también lo quiere estar para todos, y una forma privilegiada de esa presencia suya es a través de nosotros, pues nosotros podemos llevarlos allí

donde hay necesidad de Dios, incluso cuando el otro no lo puede reconocer. No nos toca a nosotros conocer los tiempos o momentos del Padre: nos toca simplemente ser sus testigos. Dios irá actuando a su tiempo, la semilla sembrada germinará en su momento.

*Canto: Nada nos separará,
nada nos separará, nada nos
separará del amor de Dios*

Lector 4:

Ahora bien, si existe este peligro de encerrarnos en nosotros mismos, en nuestra pequeña comunidad, ¿qué sucede con los discípulos, que lo primero que hacen es meterse en casa? Quizá una primera respuesta es que aún no habían recibido el Espíritu Santo que los iba a capacitar para la evangelización. Pero vayamos un poco más allá. ¿Qué tipo de encierro realizan los discípulos? El pasaje no indica ningún tipo de miedo o cobardía, sino una acción silenciosa, pero llena de fruto: “perseveraban unánimes en la oración”. Por tanto, estaban en casa, pero no paralizados, sino actuando en lo oculto, antes de comenzar la misión evangelizadora. De esa reunión de la comunidad naciente se destacan, pues, dos puntos, que para nuestra comunidad pueden arrojar una gran luz de cara a nuestra tarea:

- **La unidad.** La oración era unánime, es decir, todos pedían como si fueran

uno solo. Este encuentro en comunión nos recuerda a otra de las palabras de Jesús: “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Ahí tenemos un gran ejemplo para nuestra comunidad: en la diversidad de personas estamos llamados a entrar en comunión, a sentirnos uno delante de Dios, de tal modo que Cristo se haga presente en la reunión en su nombre. Se trata de no reunirnos en asamblea como desconocidos, sino como hermanos que viven de la misma fe y que son hijos de un mismo Padre y, por tantos, hermanos.

- **La oración.** El encuentro de los discípulos tenía como objetivo orar. No sabemos qué oraban exactamente ese día, pero podemos imaginar que estaban poniendo sus vidas y la de su comunidad en las manos de Dios, que estaban pidiendo la fuerza para ser los testigos que Jesús les había pedido y, sobre todo, estarían pidiendo el Espíritu Santo prometido por el Padre. Pedir a Dios, ¡qué importante! No hay verdadero testimonio ni misión eficaz si antes no se pone todo en manos de Dios, si no dejamos que sea Él quien la lleve adelante, el que hable en nosotros y por nosotros... Y esto lo consigue la oración, mirar el Rostro Divino al mismo tiempo que nos dejamos mirar por su Amor. Y una oración no sólo personal, sino comunitaria, porque la misión y la tarea son compartidas. ¡Cuántos momentos de encuentros comunitarios! Especialmente en la celebración de la



Eucaristía, la cual hay que cuidar con especial ahínco como momento privilegiado de oración y encuentro con Dios y con los hermanos.

*Canto: Nada nos separará,
nada nos separará, nada nos
separará del amor de Dios*

Lector 5:

Terminemos con una última reflexión, al hilo de lo dicho anteriormente: esta última aparición del Resucitado, antes de su Ascensión, tiene lugar cuando están todos juntos, comiendo, en comunidad. Es una comunidad formada por personas concretas, con nombres y rostros concretos: Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe...

También nuestra comunidad está formada por personas concretas que han sido llamadas por Dios por su nombre, y que Él mismo ha colocado para caminar junto a mí, y yo junto a ellos. Y en esa tentación del aislamiento o del caminar en solitario, puede pasar que no conozca a esas personas que Dios me ha querido regalar. Y todos sabemos que despreciar un regalo no está bien, y mucho menos cuando viene de Dios. Por eso, y para que la evangelización sea más eficaz, es necesario que ponga nombre, y un mínimo de historia, a esas personas que caminan a mi lado. Hagamos un esfuerzo por conocer cada vez a más miembros de nuestra comunidad. Esto conseguirá una vinculación más fuerte para nuestra comunidad.

3. ¿Qué nos dice el Papa Francisco?

El Resucitado invita a sus seguidores a no vivir el presente con ansiedad, sino a hacer una alianza con el tiempo, a saber, cómo esperar el desenlace de una historia sagrada que no se ha interrumpido, sino que avanza, va siempre hacia adelante; a saber, cómo esperar los «pasos» de Dios, Señor del tiempo y del espacio. El Resucitado invita a su gente a no «fabricar» la misión por sí mismos, sino a esperar que el Padre dinamice sus corazones con su Espíritu, para poder involucrarse en un testimonio misionero capaz de irradiarse de Jerusalén a Samaria e ir más allá de las fronteras de Israel para llegar a las periferias del mundo.

Esta espera los apóstoles la viven juntos, la viven como la familia del Señor, en la sala superior o cenáculo, cuyos muros aún son testigos del regalo con el que Jesús se entregó a los suyos en la Eucaristía. ¿Y cómo aguardan la fortaleza, la *dynamis* de Dios? Rezando con perseverancia, como si no fueran tantos sino uno. Rezando en unidad y con perseverancia. De hecho, es a través de la oración como uno supera la soledad, la tentación, la sospecha y abre su corazón a la comunión. La presencia de las mujeres y de María, la madre de Jesús, intensifica esta experiencia: primero aprendieron del Maestro a dar testimonio de la fidelidad del amor y la fuerza de la comunión que supera todo temor.

También le pedimos al Señor la paciencia para esperar sus pasos, para no querer «fabricar» nosotros su obra y para permanecer dóciles rezando, invocando al Espíritu y cultivando el arte de la comunión eclesial.

Fragmento de la Audiencia general del 29 de mayo de 2019



V. Para la reflexión comunitaria

1. ¿De qué manera nuestra comunidad vive unida y se nutre de la Palabra de Dios?

2. ¿De qué manera resuena en nuestra comunidad la presencia y la voz del Espíritu Santo?

3. ¿En qué modo nuestra comunidad es misionera?

4. ¿Por qué nos cuesta tanto dar testimonio, especialmente ante los alejados?

5. ¿Qué momentos de encuentros comunitarios se dan en nuestra parroquia?

6. Antes de marchar a casa, intenta conocer al menos a dos personas que hayan pasado desapercibidas para ti hasta ahora.



VI. Oramos al Señor pidiendo la intercesión de nuestra Madre por nuestro mundo herido

Oh María, tú resplandesces siempre en nuestro camino como un signo de salvación y de esperanza.

A ti nos encomendamos, Salud de los enfermos, que al pie de la cruz fuiste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación de todos los pueblos, sabes lo que necesitamos y estamos seguros de que lo concederás, para que, como en Caná de Galilea, vuelvan la alegría y la fiesta después de esta prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre, y a hacer lo que Jesús nos dirá, Él que tomó nuestro sufrimiento sobre sí mismo y se cargó de nuestros dolores para guiarnos a través de la Cruz, a la alegría de la Resurrección. Amén.

Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no desprecies las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien líbranos de todo peligro ¡Oh Virgen gloriosa y bendita! Amén.